

Miro a Ladyboy. Ha apoyado la nuca contra el reposacabezas y tiene los ojos cerrados. El sol le da en la parte inferior de la cara, le señala la nariz gruesa y la capa de maquillaje que rodea su boca jugosa, neumática, casi artificial. No sé si se ha quedado dormida del todo. Si está dormida nos pasaremos el sitio a donde la llevo. No sé dónde está ni cuanto falta para llegar. Enciendo la radio. Puede que le haga abrir los ojos. O puede que le empuje a las profundidades más negras del sueño. No vamos a dejarnos distraer por nada. Esta imagen va a mantenerse neutral, sin origen, ni destino. Este parabrisas va a continuar siendo el único plano real y, ahora, nos muestra que las llanuras secas se están terminando. La carretera asciende un poco, en una pendiente suave. Viramos a la derecha en ángulo recto. Veo casas construídas con paneles prefabricados. Eso es todo lo que necesito saber. Ladyboy sigue sin abrir los ojos. Supongo que sueña con sus campos de petróleo. Me gustaría tocarle la cara para saber si su piel tiene la consistencia de un hombre o la de una mujer. La forma y el tamaño de sus facciones no se pronuncian en ninguno de los dos sentidos. Lo mismo sucede con sus manos. Su belleza, me parece un logro más cerebral, más calculado, que la belleza inepta de lo natural.

No sé qué pastan estos animales, las reses y los caballos. El suelo está seco. El color del paisaje no ha resucitado de un ocre estéril y ahora, el suelo parece aún más rocoso. Deben alimentarse de polvo o de puestas de sol. La recta se acaba y la carretera se defiende entre colinas arrugadas. Llevamos las ventanillas cerradas, pero cada diez o veinte minutos, el olor de una mofeta atropellada llena el interior del coche. Veo graneros y cobertizos hechos de madera muy oscura, como húmeda o calcinada. Aunque ya estamos a una distancia considerable de cualquier ciudad, la imagen no llega a alcanzar la fuerza ni la consistencia del campo, de un terreno salvaje. Éste, me sigue pareciendo un paisaje vencido. La imagen de un paisaje vencido es más fácil de mantener a raya. Sobre todo durante las horas del día con esta luz directa, en esta mañana rotunda. Esta luz y este paisaje espantan presagios, futuros y adivinaciones. Esta luz me ayuda a mantenerme a una profundidad escasa, que no alcanza más allá de lo que veo. Ladyboy ha abierto los ojos: Cuando era niño me mareaba en los coches, en los barcos y en los autobuses. Me mareaba hasta en los columpios... El día que me enteré de que la tierra giraba sobre sí misma y a la vez daba vueltas alrededor del sol, decidí que no me iba marear más... ¿Te encuentras mal? No, sólo un poco atontada... Tenía que haber comido algo. Podemos parar. Te lo agradecería. Sólo necesito un poco de aire, las putas mofetas...

Nos detemos. Intento aparcar lo más cerca posible de la carretera para que el coche no se llene de polvo. Layboy se apea y comienza a andar hacia la nada. Creo que va a vomitar. Saco una caja de Kleenex que llevo en la guantera. Kleenex *mansize*. Más grandes y resistentes que los Kleenex normales, pensados para hombres, para sus coches, en una caja grande de color negro y rojo. Supongo que son igual de eficaces para limpiar los restos de una vomitona que los restos de una

felación. Arranco la lengüeta de cartulina troquelada.

He perdido de vista a Ladyboy. Me bajo del coche con mis Kleenex *mansize* de la mano.

Ya la veo. Se ha ido un poco más lejos. Está echándolo todo en cuclillas. No sé si acercarme.

Abro el maletero. Dentro hay un paquete de seis botellas grandes de agua mineral que no tuve ganas de subir a casa la última vez que fui a *Treder Joe's*. Un trago de agua le va a venir bien. Espero un poco, espero a que haya pasado lo peor.

Me da las gracias. Se pone de pie, se suena la nariz y se limpia la cara. Hace gárgaras con el agua mineral. Le digo que demos un paseo. Corre un poco de aire. Se disculpa muchas veces.

No pasa nada, de verdad.

Gracias. ¿Has cerrado bien el coche?

Alargo el brazo empuñando las llaves y aprieto en botón. El coche pita y las luces parpadean.

Ya está. Vamos a dar un paseo hasta que se te pase.

Ladyboy no contesta y se pone a andar. Dejo que ella decida la dirección. Los únicos árboles que vemos están demasiado lejos para alcanzarlos a pie. Estamos en un campo baldío de tierra marrón, pedregosa, de tierra privada, sellada, inescrutable.

Andamos despacio, el terreno se eleva en una pendiente invisible. La inclinación hace que cada paso nos cueste un poco más. Echo de menos el asa de mi bolso, una correa, una bolsa de plástico, algo a lo que agarrarme. No sé que hacer con las manos.

Ladyboy me ha quitado la caja de kleenex y no para de sonarse la nariz y de limpiarse los labios cada vez que escupe.

Va recuperando el color. Se abrocha la cazadora de béisbol. Los bordados se le ciñen a la espalda. Sus carpas y sus flores orientales:

Esta es la carretera que conecta el valle de Santa Clara con el valle Central.

No le contesto. Enseguida entiende que no quiero que me explique dónde estamos.

Lo siento, pero comprenderás que ya casi no quedan lugares sin señalar... En el mundo...

Lo comprendo pero no me gusta.

Acelero el paso, miro atrás. Quiero perder de vista el coche y la carretera.

Ladyboy le da tragos largos a la botella de agua, escupe y vuelve a sonarse la nariz.

Seguimos remontando la tierra seca.

¿Es que aquí no llueve nunca? Menuda polvareda. Me estoy poniendo los zapatos perdidos.

Llueve muy poco, de todos modos el mal de la suciedad lo hemos inventado nosotros.

Forma parte de una especie de cuarentena contra nosotros mismos, porque en realidad, somos una guarrería.

Es cierto. Vamos por ahí con las tripas llenas de mierda y nos preocupa un poco de polvo.

Llegamos al punto más alto de esta loma suave que dibuja el único cambio en el paisaje. Igual que hemos ascendido, unos pasos más adelante comenzamos a bajar.

Vuelvo a mirar atrás. El coche ya no se ve. También ha desaparecido la carretera.

Seguimos calladas, andando, un rato más hasta que me paro y miro alrededor. Le digo a Ladyboy:

Ya no sé si esto es la naturaleza.

Yo tampoco estoy segura, ni estoy segura de que la naturaleza sea exclusivamente buena. Es una idea que también hemos inventado hace poco.

¿Y cómo era Malasia?

No lo sé. Yo era un niño malayo, ahora soy una mujer norteamericana. No tengo recuerdos de junglas paradisíacas ni de cielos rosados. Mi memoria queda lejísimos de los folletos turísticos que llevan el nombre de ese país. Los occidentales sois unos románticos y creéis en la bondad de la naturaleza cerrada, profusa, abrumadora. Yo prefiero un desierto agujereado supurando petróleo.

Seguimos andando un poco más. Ladyboy estira los brazos y bosteza. Se frota el cuero cabelludo.

Ya me encuentro mejor.

No hay prisa.

¿Me dejas hacer una llamada? No he avisado a mis amigos de que voy a verles

Lo había apagado. Espera.

El teléfono tarda un poco en encenderse. Tecleo el pin de seguridad y se lo tiendo a Ladyboy.

Mientras ella marca el número yo me alejo.

Ladyboy habla un buen rato. Mucho más tiempo del que hace falta para anunciar una visita. Mejor para mí, hará que la batería se acabe antes. Habla y gesticula. Estoy demasiado lejos para oír lo que dice. Pasan unos minutos, habla más de lo que escucha.

Retrocedo unos pasos hasta lo alto de la loma. Oteo los confines de este campo. Como es una imagen prácticamente vacía, las distancias parecen planas y el paisaje se hace perseguir por la vista.

Ladyboy ha colgado y se acerca.

Me da las gracias.

Oye, ¿me das un kleenex? Me estoy meando.

Sí, toma, yo también tengo ganas.

Me pasa un Kleenex *mansize* y ambas miramos alrededor mientras nos desabrachamos los pantalones con una seriedad ridícula. No hay nadie que pueda vernos.

Nos damos la espalda y nos ponemos en cuclillas.

Transcurren unos segundos de timidez hasta que se oye el silbido de la orina.

Le digo:

Tienes mucho mérito. Quiero decir que te admiro por haberte pasado al bando de las que meamos en cuclillas. Y éste no es el único inconveniente. Ya lo habrás averiguado.

Bueno, no es una cuestión de mérito, nunca hubiera podido ser de otra manera pero tienes razón, este no es el único inconveniente. De todos modos, esto es muy masculino, marcar el territorio.

No sé si este territorio merece la pena, no lo quiere nadie.

Nos subimos las bragas y los pantalones. Enterramos los kleenex escarbando en la tierra con el tacón.

¿Vamos?

Sí, vamos.

Ahora el sol nos da de cara. Caminamos sin decir nada. El coche ya se vuelve a ver. El marrón sabuloso del suelo absorbe las rayos del sol, imanta nuestras ideas. Nos deja avanzar pero tira un poco de nuestros cuerpos y se bebe lo que pensamos. Le digo a Ladyboy que el mito de la bondad de la naturaleza es cierto:

La naturaleza debe ser esto, y es buena. Este campo me está enfriando la cabeza.

Puede ser esto. Puede ser muchas otras cosas. ¿No te das cuenta de que ya no podemos sobrevivir en ella? ¿Qué haríamos de noche, aquí? ¿Y al día siguiente? En el fondo es una madre terrible de la que nos hemos tenido que alejar.

Subimos al coche.

Sólo con encender el motor, retomamos el mismo movimiento que nos ha hecho llegar hasta aquí. La imagen vuelve a ocupar su rectángulo bien delimitado, sin puntos de fuga temporales. Me siento bien.

Ladyboy saca una barra de labios del bolsillo y baja el visera del copiloto. Se mira en el espejo. Se pinta los labios de lado a lado, recalando el mismo trazo muchas veces, con una insistencia vigorosa, como si quisiera extraer alguna propiedad vital del pintalabios. Luego aprieta un labio contra el otro y se limpia las comisuras con el dedo anular:

Gracias por parar. Ya estoy mucho mejor.

De nada.